

PODERES AFLIGIDOS

El Estado, el espectáculo y el 11 de Septiembre

Él también combatió en la televisión por nuestro lugar bajo el sol.

Robert Lowell en referencia al teniente Calley, 1971

I

Comencemos por aquel momento de febrero de 2003 en el que la copia en tapiz del *Guernica* de Picasso que colgaba de la antesala de la Cámara del Consejo de Seguridad de la ONU fue recubierta, ante la insistencia estadounidense, ya que no «representaba un telón de fondo adecuado», explicaron, para las declaraciones oficiales ante los medios de comunicación oficiales acerca de la próxima invasión de Iraq¹. El episodio ha pasado a ser emblemático. Muchos carteles políticos en Piccadilly o en Market Street ilustraban burlonas modificaciones de Bush y del toro enfurecido. Un emblema, ciertamente; ahora bien, visto en retrospectiva, ¿emblemático de qué? ¿De la inexorable voluntad del Estado de controlar hasta los mínimos detalles de la apariencia, en tanto que parte –esencial– de su insistencia en ir a la guerra? En efecto, qué duda cabe. Sin embargo, en este caso, ¿se salió con la suya? ¿No resultó acaso contraproducente la grosería del afán censorador, que condujo a reforzar aquella misma evocación que –por obra de unas imágenes que seguían siendo capaces de poner cara a la brutal abstracción del «Shock and Awe» [Sorpresa y espanto]– la cubierta de velcro pretendía contrarrestar? ¿Y no habla acaso todo el incidente sobre todo de la *inquiétude* del Estado, puesta de manifiesto en su intento de controlar minuciosamente los medios de producción simbólica, como si temiera que cada uno de los minuciosos detalles del decorado desrealizado que había construido para sus ciudadanos contuviera el potencial, en un momento de crisis, de volverse completamente en su contra?

¹ Este texto es un extracto de «Afflicted Powers», un panfleto que desarrolla los temas incluidos en el panfleto «Neither Their War Nor Their Peace» [Ni su guerra ni su paz], preparado para las manifestaciones contra la guerra de febrero-marzo de 2003. Otras secciones del panfleto, que serán publicadas a lo largo de este año, incluyen «Islamism and the crisis of the Secular Nation-State» [Islam y la crisis del Estado-nación laico], «Permanent War» [Guerra permanente], «Blood for Oil?» [¿Sangre por petróleo?], «Peace, Anti-Capitalism and the Multitude» [La paz, el anticapitalismo y la multitud] y «Opposition to Modernity» [La oposición a la modernidad]. RETORT es la unión de comunistas consejistas y de refractarios asociados, arraigada durante los últimos veinte años en el área de la bahía de San Francisco. Han participado en la redacción del presente ensayo Iain Boal, T. J. Clark, Joseph Matthews y Michael Watts.

Son éstas las ambigüedades, generalizables a toda la conducción de la guerra y de la política en los últimos tres años, que intentará explorar este ensayo. Partimos de la premisa de que determinados conceptos y descripciones, formulados hace cuarenta años por Guy Debord y la Internacional Situacionista, como parte de su esfuerzo de comprensión de las nuevas formas de control estatal y de desintegración social, poseen todavía un poder de explicación, mayor que nunca, sospechamos, en la época envenenada que nos ha tocado vivir. En particular, las nociones emparejadas de «colonización de la vida cotidiana» y de «sociedad del espectáculo» –pensamos que cada uno de los conceptos remite al otro para resultar plenamente operativo– nos sorprenden habida cuenta de su capacidad de aferrar aspectos clave de lo que ha sucedido desde el 11 de Septiembre de 2001. Nuestro objetivo, en una palabra, consiste en volver a aplicar dos hipótesis situacionistas centrales a aquella tarea para la que fueron concebidas: para convertirlas de nuevo en instrumentos de análisis político, encaminadas a la comprensión de los poderes y las vulnerabilidades del Estado capitalista. (Damos por sentado que no somos los únicos en sobresaltarnos ante el modo en que «espectáculo» ha encontrado un hueco en el discurso posmoderno establecido en los últimos 15 años, en tanto que aderezo vagamente milenarista de los *new media studies* o de las fantasías acerca de la libertad en el ciberespacio, sin que trasluzca en ningún momento que sus objetos originales fueron las revueltas de Watts o la Revolución Cultural Proletaria.)

Esto no significa en modo alguno que pretendamos abarcar íntegramente la forma y la dinámica del nuevo estado de cosas, o que estemos en condiciones de ofrecer una teoría de sus determinaciones más profundas. No somos sectarios del espectáculo; ningún concepto, ni grupo de conceptos, nos parece capaz de dar cuenta del horror acontecido en los últimos tres años. Tan es así que consideramos comprensible, aunque al fin y al cabo se trate de un error, que algunos sectores de la izquierda hayan considerado las últimas guerras en el desierto y las peleas en el Consejo de Seguridad susceptibles de análisis en términos marxistas clásicos, orgullosamente presentados sin reconstrucción alguna –sacando a la palestra una vez más las predicciones y la repugnancia de los estudios sobre el imperialismo de Lenin y Hobson– y no desde la perspectiva de una nueva política de control social «interno» y tecnologizado.

La oscuridad de las circunstancias políticas actuales reclama un pensamiento político fresco. Ningún intento de ejercer ese pensamiento puede pasar por alto las siguientes preguntas interrelacionadas:

- ¿Hasta qué punto los acontecimientos del 11 de Septiembre de 2001 –el bombardeo de precisión de Nueva York y Washington por obra de enemigos organizados del Imperio estadounidense– anuncian una nueva era? ¿Cambiaron aquellos acontecimientos algo fundamental en el cálculo y la conducta de los Estados capitalistas avanzados o en la relación de tales Estados con sus sociedades civiles? ¿Y, de ser así, cómo?

– ¿Debemos comprender las formas de afirmación del poderío estadounidense desde el 11 de Septiembre –la ingenua demostración de supremacía militar (en buena medida para asegurar a los manifestantes que «todavía cabía hacer algo» con el monstruoso arsenal a disposición del Estado), las torpes tentativas de recolonización en curso en Afganistán e Iraq, las amenazas y recompensas a Estados clientes en cada rincón del globo, los ceñudos ataques a las libertades civiles dentro del mismo Estados Unidos– como un paso hacia atrás, *una regresión histórica*, en la que los medios de control moleculares, integrales e invisibles, que muchos considerábamos indispensables para un sistema de Estados verdaderamente «moderno», han dejado paso a una nueva/vieja era de cañoneras y quema de libros?

– ¿Nos ayudan los conceptos de «sociedad del espectáculo» y de «colonización de la vida cotidiana» a discernir la lógica de la época presente? ¿O el grado de dispersión social y mendacidad a los que tales conceptos aludían ha sido a su vez sobrepasados –desplazados, abruptamente, en un momento especial de urgencia y arrogancia– por imperativos de un arte de gobernar más toscos y viejos?

Ninguna de estas cuestiones, repetimos, puede ser abordada por separado. Ningún ámbito exclusivo de análisis —«económico» o «político», global o local, que se centre en los medios de producción material o simbólica— hará justicia a la actual y extraña mezcla de caos y gran diseño. Sin embargo, uno de los principales aspectos del asunto —la lucha por el dominio en el ámbito de la imagen— apenas ha sido pensado hasta el momento en su *interacción positiva* con otros más familiares y «materiales». Queremos ofrecer, para su posterior debate, un primer bosquejo de esta interacción.

II

La versión del «espectáculo» con la que operamos es mínima, pragmática, natural. No cabe duda de que el autor histórico de la idea dio con frecuencia a ésta una fuerza exultante e histórico-mundial. Sin embargo, su tono es inimitable, como han demostrado todos los esfuerzos por duplicarlo; y en cualquier caso estamos convencidos de que la época exige una cadencia diferente, algo más cercano (si la fortuna nos sonríe) a los versos de *El Paraíso perdido* que utilizamos en el epígrafe² que a líneas de Lukács o de Ducasse.

² «And reassembling our afflicted Powers / Consult how we may henceforth most offend / Our Enemy, our own loss how repair, / How overcome this dire Calamity, / What reinforcement we may gain from Hope, / If not what resolution from despair» [«Y congregando nuestros Poderes afligidos, / Consultamos cómo podremos en adelante causar la máxima ofensa / A nuestro Enemigo, cómo encontrar a nuestra propia pérdida reparación / Cómo superar esta horrenda Calamidad / Qué socorro podremos obtener de la Esperanza / Si no infundiera en nosotros presteza la desesperación»], John MILTON, *Paradise Lost*, Libro I.

La idea de «espectáculo» fue concebida entonces como una primera tentativa de caracterización de una nueva forma o etapa de la acumulación de capital. Daba nombre de forma preeminente al sometimiento de cada vez más aspectos de la sociabilidad humana –las áreas de la vida cotidiana, las formas de ocio, los modelos de discurso, los idiomas de la solidaridad local, los tipos de insubordinación ética o estética, las infinitas capacidades de los seres humanos de evadirse o de rechazar los órdenes que les han sido impuestos desde arriba– a las exigencias letales (a la brillante y exangüe miseria) del mercado. Aquellos que desarrollaron el análisis en primer lugar se resistieron a la idea de que esta colonización de la vida cotidiana dependiera de un conjunto de tecnologías, aunque como sabemos se interesaron por los medios que las sociedades modernas tienen a su disposición para sistematizar y diseminar *apariencias*, y para someter la textura de la vida diaria a un aluvión constante de imágenes, instrucciones, eslóganes, logos, falsas promesas, realidades virtuales y promesas de felicidad en miniatura. «Las pilas no van incluidas», como cantara un viejo grupo de punk.

La elección de la palabra «colonización» para describir el proceso fue deliberada. Invitaba a los lectores a concebir la invasión y la esterilización de tantas áreas no ocupadas de la especie humana –áreas que regímenes previos, con independencia de su arrogancia, optaron por (o se vieron obligados a) dejar en paz– *como una necesidad específica de la producción capitalista*, tan parte integrante de su dinamismo como la expansión hasta los confines de la Tierra. La colonización de la vida cotidiana, podríamos plantear desde nuestra ventajosa posición retrospectiva, fue la «globalización» interiorizada: la cartografía y el cercamiento del interior de lo social, y el modelado a partir del detalle de la inventividad humana de un mercado más ramificado y estandarizado de subjetividades intercambiables. Por supuesto, una colonización implicaba la otra: no habría habido un Atlántico negro de azúcares, alcoholes y opiáceos sin el impulso para conformar la subjetividad a un modelo de pequeñas (y vendibles) adicciones.

El aspecto fundamental del análisis, de nuevo, consiste en centrarse en los términos y las posibilidades de resistencia (guerras de liberación) contra las fuerzas de colonización; y ello en una situación, a finales de la década de 1960, en la que no resultaba temerario, aunque a la postre resultó ser erróneo, imaginar la «congregación de nuestros Poderes afligidos» para hacer un verdadero daño al enemigo. A Debord, por mencionarle directamente, le preocupaba fundamentalmente el modo en que el sometimiento de la vida social al dominio de las apariencias había conducido, a su vez, a una forma distinta de la política: de formación del Estado y de vigilancia. Su opinión al respecto fluctuó: eran el aspecto del presente que él más abominaba, y que siempre provocó sus mejores inventivas y la peor de sus paranoias. De sus páginas extraemos las siguientes proposiciones.

En primer lugar, que lenta pero firmemente el Estado en el siglo xx se ha visto arrastrado a una colaboración plena en la microgestión de la vida cotidiana. La necesidad del mercado se convirtió en la obsesión del Estado.

(Lentamente, y en cierto sentido contra el criterio más sensato del Estado, porque siempre ha existido una tensión entre la heterodirección acorazada del Estado moderno –su *raison d'être* en tanto que máquina de guerra– y la insistencia del capital en que el Estado venga en su ayuda para realizar la inmensa tarea de vigilancia y embalaje. Esta tensión se ha tornado de nuevo visible en los últimos tres años. Creemos que es ésta una de las claves de la manifiesta incoherencia de las recientes acciones del Estado.) En segundo lugar, esta implicación cada vez más profunda del Estado en la orquestación diaria de la obediencia de los consumidores vino a suponer que éste cifrara su existencia en función de su inversión en y su control de la nueva batería de las «máquinas de emoción perpetua»³ cuya remota predecesora es la televisión y que ahora atrae cada minuto de vigilia del ciudadano. Este mundo de imágenes había sido durante mucho tiempo una necesidad estructural de un capitalismo orientado a la superproducción de mercancías y, por lo tanto, a la constante fabricación del deseo de éstas; sin embargo, a finales del siglo xx, dieron lugar a una forma de gobierno específica.

Se podría sostener que el Estado moderno se ha visto en la necesidad de alimentar una ciudadanía débil. Depende cada vez más del mantenimiento de una esfera pública empobrecida e higienizada, en la que sólo subsisten los fantasmas de una sociedad civil más antigua e idiosincrática. Se ha adaptado en profundidad a la exigencia de una textura económica aligerada y sin trabas impuesta por su amo económico, compuesta de sujetos consumidores unidos por vínculos flotantes, cada uno encerrado en su estación de trabajo de plástico y su familia nuclear de cuatro miembros. Una ciudadanía débil, y por esa misma razón objeto de constante y ansiosa atención por parte del Estado: un aluvión imparable de modas y pánicos e imágenes-motivos, encaminadas en su totalidad a suturar al ciudadano (discreta e «individualmente») a un simulacro mortal de comunidad.

En ocasiones, los primeros escritores que abordaron esta pesadilla parecieron desesperarse ante la misma:

Ya no quedan lugares en los que la gente pueda discutir de las realidades que les atañen, porque nunca pueden librarse por mucho tiempo de la presencia aplastante del discurso de los *media* y de las distintas fuerzas organizadas para vehicularlo. [...] Las mentiras irrefutables han logrado eliminar a la opinión pública, que antes perdió la capacidad de hacerse escuchar y al poco se disolvió completamente. [...] Una vez que se controla el mecanismo que pone en funcionamiento la única forma de verificación social que puede ser completa y universalmente reconocida, se puede decir lo que uno quiera. [...] El poder espectacular puede del mismo modo negar lo que le apetezca una o tres veces, y cambiar de tema: sabe perfectamente que no cabe réplica en su propio espacio o en cualquier otro⁴.

³ Perry ANDERSON, *The Origins of Postmodernity*, Londres, 1998, p. 89 [ed. cast.: *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 1999].

⁴ Guy DEBORD, *Comments on the Society of the Spectacle* [1988], trad. de Malcolm Imrie, Londres, 1998, pp. 13-19 (el orden de las frases se ha modificado) [ed. cast.: *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Anagrama, 1990].

No pocas veces en los últimos doce meses estas frases, en su cólera y su tristeza ante la forma presente de la política, han resonado en nuestras cabezas. Sin embargo, en última instancia disintimos de su cierre totalizador. Viviendo después del 11 de Septiembre, ya no estamos seguros –y no creemos que el poder espectacular esté seguro– de que «no cabe réplica, en su propio espacio o en cualquier otro». Para bien o para mal, los ataques de precisión fueron esa réplica. Y su efecto en el Estado espectacular ha sido profundo: la réplica del Estado, estamos seguros, ha superado en estupidez y futilidad los sueños más insensatos de los pilotos-mártires. Así pues, nos dirigimos a otra frase del mismo libro, que (característicamente) hace las veces de *finale* de las anteriores confesiones de derrota. «No obstante, a esta lista de los triunfos del poder hemos de añadir un resultado que se ha revelado negativo: una vez que la dirección del Estado implica una penuria permanente y masiva del conocimiento histórico, el Estado ya no puede ser gobernado *estratégicamente*»⁵. Pronunciado por un devoto de Sun Tze y de Clausewitz, este último veredicto es abrumador.

Debord albergaba una sólida y franca concepción de la necesidad, para los individuos y los colectivos, de aprender del pasado (y no es éste el menor de los aspectos en los que su pensamiento es clásico, en contraposición al posmodernismo). Por supuesto, sabía que el pasado es una «construcción», pero consideraba que ésta estaba hecha de materiales obstinados y tridimensionales, que se resisten permanentemente a toda estructura, y a la que sólo la más elaborada maquinaria del olvido podría hacer enteramente manejable para el poder. Sus más profundos temores de revolucionario se derivaban de la impresión que le embargaba de que esta elaborada maquinaria podría haber sido construida en la actualidad y que estaría conduciendo al mundo a un presente eterno. Ésta es la clave de su odio a la vida-imagen: ésta amenazaba, en última instancia, la existencia misma de la temporalidad compleja, creada y *de doble sentido*, que a su modo de ver constituía la esencia de lo humano.

Ésta era la pesadilla. Sin embargo, incluso Debord experimentaba a veces un (frío) consuelo al constatar que también el Estado vivía la pesadilla y sufriría las consecuencias. En adelante, tampoco él podría aprender del pasado: éste había desmantelado progresivamente los contextos en los que la verdadera discusión estratégica de sus objetivos e intereses –pensando a largo plazo, admitiendo las paradojas y las incertidumbres del poder, reconociendo, en una palabra, «la astucia de la razón»– todavía era posible. El Estado estaba atrapado en su propio aparato de clichés. Había llegado prácticamente a *crear* en los argumentos de diseño político que sus *think-tanks* y sus consultoras de desinformación producían en serie para él. ¡Cómo se habría deleitado Debord, durante el pasado año, asistiendo al interminable *double entendre* a cargo de los *media*, con el resultado de que la precipitación de Bush y Blair declarando la guerra a Iraq habría de achacarse más tarde a la «inteligencia defectuosa»!

⁵ *Ibid.*, p. 20.

Así pues, ¿qué ocurrió, desde el punto de vista político y estratégico, el 11 de Septiembre de 2001? ¿Y cómo ha respondido al mismo, desde el punto de vista político y estratégico, el Estado estadounidense? No se nos escapan, por supuesto, los peligros que acechan en estas preguntas. ¿Por qué habríamos de seguir los pasos del espectáculo eligiendo ésta entre muchas otras atrocidades –alzada al nuevo poder de la ideología, inevitablemente, gracias al estúpido recurso que consiste en digitalizar su fecha– en tanto que punto de inflexión histórico-mundial? ¿Hasta qué punto la verdadera dinámica (y la patología) del poder estadounidense no queda exorcizada atribuyéndola a un único acontecimiento-imagen, al igual que la victoria estadounidense en la Guerra Fría fue presentada retrospectivamente como algo mágico, imposible de analizar, por el mantra de «La caída del Muro»? Ha habido momentos en los que no nos costaba simpatizar con aquellos compañeros que, en buena medida como reacción ante el torrente de verborrea empalagosa y pseudoapocalíptica a que dio lugar el 11 de Septiembre (y que no parece remitir), han llegado a despreciar los ataques, considerándolos como otros tantos pinchazos, *attentats*, gestos simbólicos desesperados por parte de aquellos que carecen de la verdadera capacidad de hacer daño.

«Gestos simbólicos desesperados.» Compartimos literalmente las tres palabras del diagnóstico. (Al igual que lo hacen los autores de los atentados, al parecer. En ellos lo quiliástico empalma con el nihilismo, formando un compuesto rotundamente hipermoderno. Cuando se vanaglorian en sus comunicados de trabajar «para la Muerte» –en contraposición, suponen, al miserable apego de la modernidad a una Vida que hace honor a su nombre– nunca está uno seguro de no estar escuchando el grito de Tyndale desde la hoguera o el de Stavrogin en las últimas páginas de *Los poseídos*. Como sucede a menudo en los últimos tiempos, el siglo XXI parece una amalgama del XVI y del XIX.) Asimismo, no hemos respondido aún a la pregunta: ¿cuál es la eficacia –la fuerza política específica– de esta forma de acción simbólica, desesperada o no, dentro de la economía simbólica llamada «espectáculo»? *Espectacularmente*, el Estado estadounidense sufrió una derrota el 11 de Septiembre. Y, para este Estado, espectacularmente no significa superficial o epifenoménicamente. El Estado resultó herido el 11 de Septiembre en su corazón más íntimo, y todavía le vemos, tres años después, dando golpes de ciego frente a una imagen que no puede exorcizar, e intentando desesperadamente expresar la derrota en términos que le permitan articular una respuesta.

Una última advertencia. Casi no debería ser necesario afirmar que, si nos negamos a extraer los ataques de septiembre del ciclo de horrores a cuya cabeza ha figurado Estados Unidos desde 1945, y consideramos necesario, si queremos entenderlos políticamente, tratar los acontecimientos de septiembre como un suceso en una guerra de imágenes, la razón no estriba en que no logremos reconocer –y ojalá encontráramos palabras para

expresarla— la obscenidad de aquellos acontecimientos. Por el contrario, precisamente porque los ataques de septiembre estaban calibrados para dejar a su paso una huella-imagen indeleble, han grabado en la memoria con todo el preciosismo del detalle lo que es esta obscenidad, en términos de miedo y agonía humanos, lo cual el cálculo político suele cancelar con demasiada frecuencia. También a nosotros nos atormentan los brazos agitándose de las personas que saltaban al vacío, y el grito que se escucha cuando la torre farfullaba en el polvo; al igual que nos atormenta la imagen de la cabeza sangrienta de Hanadi Jaradat, con «su pelo grueso recogido en una coleta», abandonada en una mesa por la patrulla de limpieza en la trastienda del restaurante de Haifa en el que había estallado en pedazos una hora antes⁶. Ojalá tuviéramos palabras para estas cosas. Ojalá viviéramos en una cultura política en la que el lenguaje del asco no se hubiera visto corrompido por décadas y décadas de seriedad selectiva. (Tu Chechenia por mi Guatemala. Tu Suharto por mi Pol Pot.)

Así pues, partimos, de mala gana, de la imagen en la pantalla. Contiene una profunda importancia el hecho de que los horrores del 11 de Septiembre estuvieran concebidos por encima de todo para ser vistos, y que esta visibilidad distingue los ataques de la mayoría de las campañas de terror aéreo anteriores, en especial de aquellas patrocinadas por Estados. No hubo cámaras en Dresde, Hamburgo, Hiroshima⁷. Allí el horror no podía ser visto; tenía que actuar —estaba destinado a actuar— en la población circundante en forma de rumores y pánico; y había de ser presentado al aparato de Estado enemigo en forma de informes, estadística, predicción, ultimátum.

El terror de septiembre fue diferente. No planteó reivindicaciones, no ofreció explicaciones. Estaba basado en la creencia (recibida de la cultura que intentaba aniquilar) de que una imagen vale más que mil palabras, de que una imagen, en la condición presente de la política, es en sí misma, si se ejecuta lo bastante bien, una pieza específica y efectiva del arte de gobierno. Por supuesto, los pilotos-mártires sabían que el derribo de las Torres Gemelas no contribuiría en nada o casi nada a la interrupción de los circuitos reales del capital. Sin embargo, los circuitos de capital están estrechamente ligados, a largo plazo, a los circuitos de sociabilidad —los modelos de creencia y deseo, los niveles de confianza, los grados de identificación con la buena vida de la mercancía—. Y éstos, dijeron los terroristas, pensando estratégicamente, son aspectos del imaginario social que continúan (siempre, interminablemente) siendo reunidos por las máquinas perpetuas de producción emocional. En el supuesto de que tales máquinas pudieran ser

⁶ *The New York Times*, 5 de octubre de 2003.

⁷ Sólo un año después de Hiroshima, en julio de 1946, el doble signo de la modernidad de posguerra —el hongo atómico y el traje de baño femenino de dos piezas— cobró forma en y en torno a las «pruebas» de Bikini. «Dieciocho toneladas de equipo cinematográfico y más de la mitad de la oferta mundial de película cinematográfica se utilizaron para grabar las explosiones de Able y Baker», Jack NIEDENTHAL, *For the Good of Mankind: A History of the People of Bikini and their Islands*, Majuro, MH, 2001, p. 3. Los lectores interesados también pueden animarse a consultar Michael LIGHT, *100 Suns*, Nueva York, 2003.

capturadas por un momento, y que en ellas apareciera la imagen perfecta de la negación del capitalismo. ¿No sería suficiente con ello? ¿Sería verdaderamente suficiente para desestabilizar el Estado y la sociedad, produciendo una secuencia de alardes y paranoias cuyas consecuencias políticas a largo plazo para el orden capitalista mundial serían, como mínimo, impredecibles?

O tal vez *completamente* predecibles, desde un punto de vista geopolítico. «Conocéis nuestras reivindicaciones», dijeron los pilotos-mártires (diciéndolo rigurosamente para sí mismos). «Y sabemos que no podéis acceder a las mismas. Sabemos lo que haréis en su lugar. Estamos seguros de que vuestra respuesta será militar. Nos anticipamos a vuestro estúpido líder, que saldrá hablando de cruzada. Lo que haréis justificará nuestro análisis punto por punto, humillación por humillación, ratificando al mundo del Islamismo en su fuerza desesperada. Y lo haréis porque no hay respuesta a nuestra victoria-imagen, por más que (ya que la humillación es una enseñanza que no habéis recibido) continuéis pretendiendo que la hay.»

Los terroristas (por decirlo de un modo ligeramente diferente) siguieron la lógica del espectáculo hasta su conclusión en el osario. Si, citando de nuevo el archifamoso aforismo de Debord, «el espectáculo es capital acumulado hasta el punto en que se convierte en imagen»⁸, ¿qué otro condensado más adecuado del proceso podemos encontrar salvo el World Trade Centre (con su multiplicación por dos de lo mortalmente gigantesco)? ¿Y qué otro medio de derrotarlo –su instrumentalidad social, esto es, su poder sobre la imaginación del consumidor– que destruirlo literalmente delante de una cámara?

Estamos ensayando una lógica, no aceptándola. No obstante, creemos que sólo reconociendo lo que de verdaderamente «moderno» encontramos en la estrategia de los pilotos-mártires –a decir verdad, lo contrario de un pinchazo desesperado, impotente y atávico– la izquierda será capaz de entrar en discusión con las premisas y resultados del nuevo terrorismo, algo que todavía no ha comenzado a hacer. En el ámbito de la imagen (y ésta es la premisa número uno) el Estado es vulnerable; y este ámbito forma ahora parte integrante y necesaria del aparato de autorreproducción del Estado. El terror puede apoderarse de la maquinaria de las imágenes durante un instante –y un instante, en la cámara de eco intemporal del espectáculo, en lo sucesivo puede ser eternamente todo cuanto hay– y utilizarla para amplificar, reiterar y acumular la plena visibilidad de la derrota acontecida. Se trata de una confirmación de la esperanza de los terroristas en que, tras los primeros días, en Estados Unidos, la caída de las Torres habría de convertirse exactamente en la imagen *que no había que mostrar*⁹. El tabú no hizo sino contribuir a que la imagen

⁸ GUY DEBORD, *The Society of the Spectacle* [1967], Nueva York, 1994, p. 24 [ed. cast.: *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 2000].

⁹ Un anuncio de campaña de Bush en marzo de 2004 rompió la regla de la invisibilidad, y fue retirado (con excusas rastreras) en cuestión de horas.

que quedara en la retina fuera más palpable y efectiva. Todo en la cultura continuó, y sigue haciéndolo, colocándose en relación a aquella imagen-acontecimiento pasada; nada en la cultura puede abordar directamente el acontecimiento. El silencio de la llamada «cultura popular» ante el 11 de Septiembre ha sido ensordecedor. (Es como si la música comercial estadounidense a mediados del siglo xx no hubiera tenido nada que decir acerca de la guerra, de la raza, de la Depresión o del nuevo mundo de bienes y aparatos domésticos. Tuvo mucho que decir; en cierta medida porque el adjetivo «popular» todavía aludía a algo real en lo que atañe a su público y a su materia prima. Aquello fue hace mucho tiempo, por supuesto: la presente obediencia total de la industria cultural a los protocolos de la guerra contral el terrorismo –su inmediata ingestión y reproducción de las prohibiciones y las paranoias del Estado– constituye una prueba fehaciente, por si hiciera falta, de la extinción de las últimas huellas de insubordinación en los estudios de TimeWarner.)



Cabría sostener que la lógica de los pilotos era en parte una fantasía, y en parte de una (demostrada) lucidez. Podríamos replicar a esto diciendo que los nuevos terroristas sucumbieron a la tentación del espectáculo, en vez de idear un modo de burlarla o contestarla. Fueron exponentes de la idea (exponentes brillantes, lo que tan sólo pone de manifiesto la fundamental crueldad de la idea) de que en lo sucesivo el control de la imagen es la clave del poder social. Y que la imagen-poder, como todas las demás formas de propiedad y dominio bajo el capitalismo, se ha visto sometida a un proceso ineluctable de concentración, tal y como hoy se pone de manifiesto en determinados lugares identificables (y susceptibles de convertirse en objetivo), monumentos, seudocuerpos, iconos, logos, no acontecimien-

tos; signos que en su vaciedad y su inutilidad (las Torres Gemelas en tanto que arquitectura eran ejemplos perfectos de esto) dominan la tierra imaginaria; y cuya nulidad concentrada y materializada da al terror una nueva oportunidad de atemorizar, desmoralizar y poner el mundo patas arriba.

Éranse una vez (que sigue vigente cuando escribimos) pilotos de guerra que se introducían en la ciudad con sus bolsas de viaje, o sus cazadoras un poco más abrochadas de lo habitual. Érase una vez la metralla esparcida por hígados y calaveras en los restaurantes del vecindario, en los mercados callejeros, en las salas de baile, alimentando el contagio del rumor en los callejones, socavando la voluntad de una clase o de un enemigo colonial, devolviendo a sus cuadros al aislamiento –la desmoralización– del «hogar»; esto es, corroyendo los modelos de sociabilidad (los modelos de miedo y aplicación de las normas, sí, pero engastados en un universo de lealtades más amplio y profundo) que mantienen la unidad de un régimen.

Hoy una nueva raza de pilotos de guerra ha comprendido que en la sociedad que atacan tales redes de sociabilidad son secundarias: no son inexistentes ni irrelevantes, sino que se han visto sustituidas por una socialidad fantasmal que no tiene necesidad de sacar de casa a sus ciudadanos para sus rituales decisivos y para los juramentos de fidelidad necesarios para su reproducción. El terror del 11 de Septiembre tenía un puñado de objetivos (nuestra tendencia a convertirlo, sencillamente, en los «ataques contra las Torres Gemelas» no deja de tener una cierta coherencia con la lógica del acontecimiento). Los autores de los ataques sabían perfectamente que carecían de los medios para difundirse por el tejido social general y llegar a interrumpir toda actividad ordinaria. Y creían, con razón o sin ella, que en las circunstancias actuales no tenían necesidad de hacerlo. Lo que hicieron estaba encaminado a mantenernos encerrados en casa, a hacer que volviéramos una y otra vez sobre la imagen cargada de emoción de un capitalismo que grita y estalla en pedazos, a hacer que continuáramos escuchando (a nuestro pesar) a odiosos bustos parlantes que intentaban poner algo, lo que fuera, en el lugar de la desolación.

IV

Desde el 11 de Septiembre, y en particular durante el año pasado, más de un comentarista ha intentado encontrar una justificación de la particular desesperación de la conducta del Estado a raíz de los ataques. David Runciman ha llegado a sostener que lo que sucede puede llegar a definirse como una auténtica mutación del sistema de Estados internacional:

De repente, la concepción hobbesiana conforme a la cual los Estados y sólo los Estados detentan el poder y disponen de la seguridad para operar bajo condiciones de legalidad se ve amenazada por la constatación de que hasta los Estados más poderosos son vulnerables a ataques procedentes de actores desconocidos e impredecibles. Podemos decir ahora que en la escena internacional el

«más débil tiene la capacidad de matar al más fuerte», o que lo llevaría a cabo si contara con el equipo necesario. Potencialmente, esto lo cambia todo.

Así pues, la opinión común que dice que el 11 de Septiembre de 2001 señaló la vuelta a un mundo hobbesiano es completamente errónea. Señaló el comienzo de una época posthobbesiana, en la que un nuevo tipo de inseguridad amenaza a las estructuras conocidas de la vida política moderna. En cierto sentido, por supuesto, esta inseguridad no es nueva, porque arrastra ecos de las incertidumbres naturales de los seres humanos individuales. Ahora bien, es nueva para los Estados, a quienes se supone invulnerables a tales ansias paranoicas. De ahí que, toda vez que no están diseñados para hacer frente a este tipo de amenaza, hasta los Estados más poderosos no saben cómo comportarse frente a ésta¹⁰.

Estas palabras nos impresionan en la medida en que parecen aferrar algo real. Cabe decir varias cosas a modo de respuesta. En primer lugar, el argumento de Runciman comienza, de modo bastante razonable, por la idea de que el nuevo grado de medrosidad del Estado se desprende de la disponibilidad posible o real de «armas de destrucción masiva» en manos de grupos que se escudan en regímenes hostiles al nuevo orden mundial, o lo suficientemente ricos y hábiles como para negociar con tales regímenes el acceso a una parte de su tecnología militar. (El hecho de que, por lo general, tal tecnología fuera proporcionada en primer lugar por los Estados a los que ahora les tiemblan las piernas ante la idea de que ésta haya podido extraviarse, este hecho, no cabe duda, debió haber entrado entre sus cálculos, si cabe recordarlo sin obstinarse en repetir un «os lo dije».) Supone un leve estorbo para la tesis de Runciman el hecho de que en el ataque que precipitó el cambio en el orden de las relaciones estatales se utilizaron armas que no tenían nada que ver con el mercado de armas internacional en desintegración. Nada sería más estúpido que pasar por alto su análisis en este aspecto, esgrimiendo argumentos de poca monta en la línea de que, en lo sucesivo, las verdaderas armas de destrucción masiva son los *media*, de que la guerra es una guerra de simulacros y no de balas, de que «la caída de las Torres Gemelas no tuvo lugar». Sin embargo, cabría decir que la condición presente de la política no resulta inteligible a no ser que la abordemos desde una perspectiva dual, considerándola como una lucha por la dominación bruta y material, pero también (entrelazada cada vez más con esta lucha) como una batalla por el control de las apariencias.

Estamos de acuerdo con Runciman (contra muchas voces de izquierda que preferirían que Al Qaeda fuera un fenómeno precapitalista patético, exótico y en sus últimos estertores) cuando dice que los ataques de septiembre son un síntoma característicamente moderno. Aluden, más allá de su atrocidad específica y de su pábulo espeluznantemente religioso, a un nuevo rasgo estructural del sistema de Estados internacional: el monopolio histórico de los medios de destrucción por parte del Estado está ahora en peli-

¹⁰ David RUNCIMAN, «A Bear Armed with a Gun», *London Review of Books*, 3 de abril de 2003, p. 5.

gro. Muchas causas explican este nuevo rasgo. El avance tecnológico es una de ellas. El surgimiento de un mercado secundario de armas internacional –que es en parte el resultado del caos al que se asistió con el fin de la Guerra Fría, y en parte un producto natural de la mercantilización neoliberal del globo– es otra. Asimismo, la subcontratación de un número creciente de servicios militares a un turbio mundo corporativo, una tendencia, una vez más, calurosamente recomendada por el neoliberalismo a sus naciones clientes. Por supuesto, también cuenta la permeabilidad de las fronteras, que ha pasado a convertirse en una nueva piedra de toque de la nueva paranoia. Sin embargo, el hecho está ligado a una realidad más profunda y penetrante que, de nuevo, es un producto de la «globalización» en la que están empeñados estos mismos Estados y de la que dependen sus abotagadas economías domésticas. La expresión técnica *Estados fallidos* sirve para nombrar esta realidad endémica de la que tan inconfundiblemente surgieron el personal y la ideología del 11 de Septiembre.

«Estados fallidos», «Estados canalla», «Estados débiles», «sociedades olvidadas por la modernización»: los diagnósticos son legión y los hechos a los que apuntan son complejos¹¹. En este artículo, en el que nos ocupamos específicamente del problema del 11 de Septiembre, nos limitaremos a afirmar que los «Estados fallidos» se han convertido en un elemento estructural del sistema internacional, en un producto, una necesidad, del nuevo universo de la globalización. No hay una distinción ontológica entre los Estados que se han visto debilitados y permeabilizados con éxito, que crecen cada vez más en el orden mundial, y aquellos cuya debilidad se ha tornado en fatiga crónica y en desintegración, y aquellos cuya aceptación del capital extranjero se ha ampliado lo bastante como para incluir a traficantes de armas independientes, señores de la guerra y cárteles de la droga.

Así pues, la *ciudadanía débil* se presenta en el centro espectacular; mientras que los *Estados débiles* se presentan en la «economía mundial», siendo objeto de los intentos incesantes de explotación por parte del centro. Un Estado débil es aquel cuyas defensas locales contra el control imperial (mediante la implantación de «bases», el saqueo de los recursos naturales, la asistencia a las elites locales con motivo de las revueltas indígenas, y la penetración neoliberal de las corporaciones) han sido desmanteladas satisfactoriamente. Un Estado fallido es aquel en el que la lógica de la abyección se ha llevado, con frecuencia imperceptiblemente, demasiado lejos, de tal suerte que la «florecente» economía se rompe en pedazos, los sobornos ya no producen aquellos bienes de bajísima calidad, suben las tasas de mortalidad, las efigies del Tío Sam son paseadas por las calles, y en las montañas o en los dormitorios de las residencias universitarias hay hombres y mujeres jóvenes que cubren sus cabezas y estudian *El arte*

¹¹ Otras secciones de «Poderes afligidos», que tratan las cuestiones del petróleo, las privatizaciones, los nacionalismos, los Balcanes, Israel y Palestina, tienen más que decir sobre estas cuestiones.

de la guerra. Podríamos decir, sin el menor temor a equivocarnos, que los Estados fallidos son las entidades políticas típicas –determinantes– del mundo que dejaron tras de sí la Guerra Fría, los «programas de crisis económica» y los cuidados del FMI.

Como todo el mundo sabe, los acontecimientos del 11 de Septiembre fueron directamente el retoño de este mundo de desesperación. Los autores fueron entrenados para ello en Jalalabad y recibieron su remuneración en Riad. Sin embargo, esto no entra en conflicto con la perspectiva –la del espectáculo– de la que partía este ensayo. Uno de los fenómenos clave de la realidad del «Estado fallido» que hemos venido describiendo es el poder de Al Yazira. (Estados Unidos ha terminado entendiéndolo, muy a su pesar.) Nada enfurece tanto al joven árabe intelectual como ver a gente de su propia edad rodeada de un tejido urbano interrumpido en mitad de su desarrollo y que se encamina a la sordidez posmoderna, con sus teléfonos móviles en la mano y contando anécdotas de telenovela. Se dice que uno de los momentos formativos de la educación de Mohammed Atta se produjo cuando tuvo conocimiento de que la «conservación» de la parte islámica de El Cairo, en la que esperaba participar como urbanista recién licenciado, tenía que obedecer a la lógica de Disney World.

Los Estados débiles o fallidos son una horrible amalgama de lo feudal, lo «nacional» de tipo nasserista y lo espectacular: aquí reside la clave del asunto. Los intelectuales formados en tales círculos del infierno no necesitan recibir ninguna lección de la teoría posmoderna para saber dónde reside el poder en el caos que les rodea y qué significa estar en condiciones de enfrentarse al mismo. Sacan conclusiones –cruels y equivocadas, a nuestro juicio, pero que surgen de una rutina de dolor y desesperanza que a duras penas somos capaces de imaginar– y eligen sus armas.

V

Volvamos a la frase fundamental de Debord. «A esta lista de los triunfos del poder hemos de añadir un resultado que se ha demostrado negativo: una vez que la dirección del Estado implica una permanente y masiva penuria de conocimiento histórico, el Estado ya no puede ser conducido *estratégicamente*.» Podemos desentrañar el significado de la frase de distintas maneras. En primer lugar, tenemos lo que podríamos denominar el «problema Kissinger»: el problema de la ciudadanía débil en relación con las necesidades reales y brutales del imperio. (Se trata, naturalmente, de una obsesión del viejo premio Nobel de la Paz. Él sí que no se recuperó del síndrome de Vietnam.) Hay una tensión –por no decir más– entre la dispersión y el vacío de la esfera pública, necesaria para el mantenimiento de la «sociedad de consumo», y los juramentos de fidelidad y las identificaciones, de carácter más fuerte, que el Estado debe requerir, reiteradamente, con vistas a mantener las dependencias que alimentan a la bestia del consumo. Los ciudadanos débiles no tardan en cansarse de las gue-

rras y las ocupaciones. A este dilema a largo plazo se añade ahora otro. Un Estado que vive cada vez más en y mediante un régimen de la imagen no sabe qué hacer cuando, por un instante, muere por efecto de sus propias armas. No importa que «económica» o «geopolíticamente» la muerte pueda ser una ilusión. Espectacularmente, era verdadera. Una imagenmuerte –imagen-derrota– no es una condición soportable para este Estado. «Ahora existe una amenaza –citando de nuevo a Runciman– que hace que algunos Estados se sientan más vulnerables que sus súbditos.»

Dicho de otra manera. Por supuesto, como materialistas, *no creemos que se pueda destruir la sociedad del espectáculo produciendo el espectáculo de su destrucción*. Éste es el *quid* de nuestra discrepancia táctica con respecto al 11 de Septiembre, si dejamos a un lado nuestro rechazo estratégico del terror como instrumento político¹². Sin embargo, al parecer el Estado actual no comparte nuestro escepticismo. Siente la mano fría de la imagen-acontecimiento en su garganta. Vive y revive el momento que sus máquinas siempre habían estado aguardando: la cita violenta de la velocidad con la enormidad, el encuentro de lo no humano de la tecnología con lo no humano de la acumulación. Es como si el propio Kéops hubiera seguido mirando la escena en la que la Gran Pirámide era partida en dos por un rayo procedente del sol. Justo a tiempo para *Good Morning America*.

Con ello queremos decir que el Estado espectacular está obligado a ingeniar una *respuesta* a la derrota del 11 de Septiembre. Y parece que no es capaz de hacerlo. Por supuesto, buena parte de cuanto ha intentado en los últimos tres años presenta una lógica subyacente perfectamente neocolonial y económica. La invasión de Iraq es un caso manifiesto a este respecto. También consideramos seriamente la idea de que determinadas facciones localizadas en la Administración estadounidense llevaban tiempo considerando intolerable el *impasse* de las «sanciones», estaban sedientas de petróleo y soñaban con una nueva cabeza de puente en una región cada vez más antiestadounidense, etc. Sin embargo, cabe decir al menos que el modo en que estas políticas fueron puestas en práctica finalmente –y que habían sido el sueño imposible de la ultraderecha de Washington

¹² Somos conscientes de que la izquierda se juega mucho en torno a la posibilidad de ofrecer una definición del «terror» que no tenga nada en común con la de Blair y Bomber Harris, y un rechazo de ésta que esté a su vez libre de mojigatería. Se trata de un tema lo suficientemente grande como para tratarlo aquí. Podríamos indicar las líneas generales de nuestro enfoque diciendo que, para nosotros, la cuestión del Terror siempre se escribe con mayúscula, y nos devuelve a la política de 1793. El Terror es un instrumento político o, dicho de otra manera, es la propiedad del Estado (tal vez la propiedad fundadora del Estado en su manifestación «moderna») o de aquellos que piensan como un Estado. Sus exponentes más puros son los Churchill del mundo. «No comprendo tantos remilgos sobre el uso del gas, [...] soy resueltamente favorable al uso del gas tóxico contra las tribus incivilizadas [para] extender un enérgico terror»: Churchill en 1920, como secretario de Estado en el Ministerio de la Guerra, justificando su autorización al Mando de Oriente Próximo de la RAF del uso de armas químicas «contra los árabes recalcitantes», citado en Geoff SIMONS, *Iraq: From Sumer to Saddam*, Nueva York, 1994, p. xiv.

durante más de una década— ha sido una mezcla apenas creíble de meteduras de pata, credulidad, extralimitaciones, insensibilidad desfachatada (que apenas se molesta en disimular su despreocupación por las «tontearías que estaban pasando» en las calles de Kandahar o Bagdad), ignorancia insondable e ilusiones, entrapamientos en la temporalidad del día a día, el hora tras hora de la frase pegadiza y el ataque suicida. Y al fin y al cabo, ¿dónde está la imagen que la máquina de guerra había estado buscando, aquella que tendría que acabar con la obsesión de Septiembre? Estatuas que caen, presidentes con cazadora de aviador, Sadam diciendo «Aah», periodistas lameculos «incrustados» acariciando el cañón de la artillería... que nos despierten (que despierten a todo el mundo de las setas de sofá) cuando termine.

El Estado se ha comportado como una bestia enloquecida. Lo que no significa que se encamine necesariamente hacia un verdadero fracaso estratégico o que haya de demostrarse incapaz de sustraerse a los imperativos de la imagen-guerra para adaptarse lenta e inexorablemente a los imperativos de una nueva ronda de acumulación primitiva. Los asesinos a sueldo y las brigadas de torturadores están siendo reclutados mientras escribimos. Las «hojas de ruta» acabarán en la papelera. Los Estados fallidos se tornan en Estados débiles una vez más. La «democracia» se demuestra inexorable. Irán y Siria se unen al comité de naciones. *Salen* Wolfowitz y Makiya, hablando entre dientes.

Dicho de otra manera, los Estados pueden comportarse como bestias enloquecidas y, no obstante, seguir su camino. Suelen hacerlo. Sin embargo, la locura actual es singular: la dimensión del espectáculo nunca había interferido tan palpablemente e insistentemente con la empresa de mantener las propias satrapías en orden. Y nunca la política espectacular había sido emprendida bajo la sombra —el «conocimiento histórico»— de la *derrota*. Queda por ver qué nueva mutación del complejo militar-industrial-mundo del espectáculo surge de la matanza.